

(Engracia y José)

Entre los años sesenta y setenta. La España rural de muchas zonas de Extremadura se desangraba viendo como muchos de sus habitantes emigraban hacia las grandes ciudades. Cuando la supervivencia en los pueblos pequeños era bastante caótica, muchas familias emprendían su éxodo hacia tierras lejanas en busca de una vida mejor.

Muchos dejaron las fatigas de los campos para irse a grandes urbes como Madrid, Barcelona, Bilbao... Incluso a Francia o Alemania para trabajar en talleres y fábricas, algunas con sus hijos de corta edad a cuesta. En los pueblos no había dinero y en las grandes ciudades, aunque solo fuera en la construcción, se ganaban buenos sueldos.

Pero no todo era de color de rosa. Para ganar dinero tenían que trabajar a destajo, o tener dos trabajos a la vez. Además la vida en las grandes ciudades era mucho más cara, sobre todo si la familia estaba compuesta por cuatro o más personas. Entre alquileres y compras se iban las tres cuartas partes del sueldo. Se vivía con mucho estrés, siempre de prisa a todos sitios, sobre todo a las horas punta cuando iban a coger los transportes públicos para ir al trabajo o comprar a los grandes almacenes, nada comparado con la vida tranquila del pueblo.

Los que no quisieron, o no se arriesgaron a emigrar y se quedaron en el pueblo, siguieron con sus rutinas trabajando en lo que podían, la mayoría de ellos sobreviviendo del campo. Los trabajos no eran más duros

que los de los talleres y las fábricas, pero sí más esclavos y más sucios, y además de mucho menos remunerados

Entre los que se quedaron en el pueblo estaba la familia de José, un muchacho de dieciocho años al que su padre había sacado de la escuela cuando solo tenía doce para que fuera aprendiendo el oficio de labrar la tierra y a manejar las bestias y el carro.

José era listo y espabilado y no tardó en aprender todo lo que le enseñaba su padre. Le hubiese gustado estar más tiempo en la escuela, e incluso haber tenido la oportunidad de estudiar alguna carrera, pero como a tantos otros, la escasez de recursos en su casa no se lo permitieron.

José salía todos los días de su casa a las cuatro de la mañana para ir al campo con su padre, a la finca de un terrateniente de la época con el que su padre tenía un acuerdo a medias o al tercio de su labor anual.

Su padre llevaba labrando esas tierras casi toda su vida y él las conocía muy bien, puesto que llevaba acompañándole desde que tenía doce años. En aquellos tiempos, años sesenta y setenta, pocos hijos de obreros podían permitirse estar en la escuela más allá de esos años y se veían abocados a trabajar desde muy corta edad para ayudar al sustento de la familia.

José, cuando las labores del campo le dejaban tiempo libre, aprovechaba algunos días para ir a hacer picón para los braseros, o a coger bellotas para venderlas, acarrear leña, etc., y otros para hacer algún que otro trabajo para traer unas perrinas a la casa que siempre les vendrían bien. Ya tenía dieciocho años y podía hacer algunos

trabajos de peón con los albañiles. Además, así tenía unos durillos para salir con los amigos los domingos y días de fiestas.

Esos jornales extras, aportaban un dinero en metálico que venían muy bien para paliar algunos gastos ocasionales de la casa. -No para todos los gastos, porque el producto de la cosecha no se recogía hasta el mes de septiembre y era cuando se pagaba todo lo fiado durante el año.

Tras las largas jornadas de trabajo en el campo, José llegaba a casa ya a últimas horas de la tarde, y aunque venía cansado, se aseaba y salía disparado para la plaza donde quedaba con los amigos para tomar unos chatos de vino o unas cervezas. Luego cuando empezaba a oscurecer, se iban a pasear por la carretera detrás de las muchachas.

En las noches de verano era habitual ver grupos de muchachas y muchachos paseando por esa carretera que atravesaba por el centro del pueblo, las luces en aquella época eran escasas y la luz de las bombillas en lo alto de los palos y las jícara apenas alcanzaba para alumbrar el suelo que había debajo de ellas. Era un sitio ideal para el cortejo entre los jóvenes. Esas costumbres se han venido arrastrando generación tras generación. Se juntaban unas cuantas amigas que en grupos de cinco o seis, paseaban por la carretera por donde sabían que vendrían los muchachos de su edad a coquetear con ellas. Ellas cogidas del brazo y hablando entre dientes de alguno que les gustara.

-Pues hoy no ha venido el fulano que te gusta.

-Pero "zutano" si ha venido y se te nota que estás por él.

-Que vergüenza chicas...

Al mismo tiempo los muchachos que las seguían a dos o tres pasos detrás de ellas, tenían las mismas conversaciones.

-Fulana te ha mirado, -Anda y ponte al su lado y dile algo.

-Quita, que no, -no seáis pesados...

Y eso eran las conversaciones de casi todas las noches.

En esa carretera se respiraba un ambiente especial de testosterona juvenil cuando se juntaban las cuadrillas de muchachas y muchachos.

En los grupos siempre había unos más agraciados que otros referente al físico, tanto en el de las muchachas, como en el de los muchachos. Eso hacía que no hubiera mucha competencia a la hora de escoger entre ellos. Al estar viéndose las mismas cuadrillas casi todos los días durante el año, sobre todo en verano, ya se sospechaba quien gustaba a quien, y quien estaban por quien, y además, siempre había algún chivatazo, tanto por parte de las muchachas hacia los muchachos, como al contrario. Esto hacía que los implicados lo tuvieran más fácil a la hora de entablar una conversación con la escogida o escogido.

A José le gustaba Engracia, una chica de dieciséis años, dos años menor que él, a la que conocía de toda la vida. Ella trabajaba sirviendo en la casa de los dueños de las tierras que trabajaba el padre de José. Éste que ya acompañaba a su padre en las tareas del campo, cuando tenían que tratar de algún asunto o recoger algún papel relacionado con las labores, José se ofrecía a su padre para ir a recogerlo a la casa del amo, así podía ver de vez en cuando a Engracia. José era un poco tímido y le daba vergüenza entablar una

conversación con las muchachas, se ponía nervioso y no daba pie con bola, pero quería ver a Engracia a solas aunque todo se quedaba en un hola o un adiós.

A Engracia también le gustaba José, le parecía un muchacho serio y trabajador y sentía cierta atracción hacia su persona. Llevaban ya mucho tiempo viéndose en los paseos arropados por sus respectivas cuadrillas sin atreverse ninguno de los dos a dirigirse una palabra que pudiera romper el hielo. Engracia hacía todo lo posible para que José se fijara en ella y así tener la oportunidad de hablar de lo que fuera, lo importante era coger confianza.

Pero el tiempo pasaba y sus coqueteos no daban el fruto que ella esperaba.

-Seguro que no le gusto. -pensaba-

A lo mejor estoy equivocada y él no está por mí, sino por alguna de mis amigas.

Pero no estaba equivocada, a José si le gustaba ella y mucho, pero José era muy tímido y Engracia siempre estaba en medio del grupo de muchachas y le era muy difícil decirle algo.

La timidez de José era un problema a la hora de entablar una conversación con cualquier muchacha, Imagínate con Engracia que le ponía más nervioso. A veces por causa de algún que otro vino demás, estaba en disposición de intentarlo, pero entre unas cosas y otras se pasaba el tiempo y no se atrevía.

Tras varios meses paseando tras de ellas, y viendo que José no se decidía, Engracia decidió ponerse todas las

noches en una punta del grupo para ponérselo más fácil.

De vez en cuando miraba para atrás y le echaba una mirada pícaro a ver si el se daba por aludido, tenía que averiguar si él estaba por ella como ella por él.

Por fin una noche José, empujado por los amigos, logró ponerse a su lado, y como no sabía por donde empezar le hizo una pregunta sin sentido.

-¿Sabes a que hora suele estar tu amo en casa por las tardes?

-Sí porqué. -le contestó ella-

-Tengo que llevarle el recibo del abono y no sabía a que hora podría ir.

Engracia ya intuía que José estaba algo interesado por ella porque siempre ponía la excusa de llevar algo a su amo e imaginaba que lo hacía para verla a ella.

-Suele estar sobre las ocho o así, -le dijo Engracia-, luego se va a la partida del dominó.

...Y con esa pregunta sin ningún sentido, se rompió el hielo entre ellos y siguieron hablando durante el paseo de otras muchas cosas ya más tranquilos.

Ese fue el principio de la relación entre Engracia y José. Dos jóvenes de diecisiete y diecinueve años, que se fue consolidando día tras día durante algunos meses. Unos meses después ya paseaban solos fuera de las cuadrillas de sus respectivos amigos. Eso les daba la oportunidad de pararse en algún rinconcito oscuro de la carretera, para darse un achuchón y algún que otro beso robado por parte de José, al que ella por el que dirán de sus amigas

separaba de inmediato. Ella lo deseaba tanto como él, pero quería darle un poco más de tiempo y se hacía de rogar.

La relación se fue consolidando poco a poco y al cabo de varios meses saliendo, ya se podía decir que eran novios.

José y Engracia ya paseaban solos por la carretera, su relación al cabo de varios meses ya parecía firme y eso les permitía algún que otro encuentro amoroso más íntimo.

En las noches de agosto y septiembre, cuando la luna estaba menguante, se escondían entre los montones de paja que quedaban en las eras, y daban rienda suelta a sus deseos sexuales. Ya eran novios declarados y hacían el amor siempre que tenían oportunidad de hacerlo.

Poco tiempo después Engracia tuvo una falta y no le dio importancia porque a veces le había pasado en meses anteriores y no se lo comentó a José para no preocuparle, pero pasados tres meses, las náuseas y el malestar de estómago ya presentían que el embarazo era eminente.

Engracia ya no podía ocultar el embarazo y no dejaba de pensar en el disgusto que se llevarían José y sus padres cuando se lo dijera.

A partir de ese momento, la preocupación no la dejaba concentrarse en su rutina diaria y su comportamiento con la gente era esquivo. Ya no daba esa sensación de muchacha alegre y dicharachera que se paraba con cualquiera a charlar por la calle, si no que empezó a volverse algo arisca y poco habladora, incluso dentro de la casa, trataba de esquivar cualquier intento de conversación para que nadie se diera cuenta de su estado.

¿Pero y José?

Tenía que decírselo, el embarazo ya estaba confirmado y él no sabía nada. ¿Pero cómo decírselo?

-¿Y si él no quiere hacerse cargo de la criatura?. Somos muy jóvenes y no estábamos preparados para afrontar esto tan pronto.

-¿Y la gente?... ¿Qué iba a decir la gente?

Entonces estaba mal visto que una chica joven se quedara embarazada antes de casarse.

-¿Y su ama? ¿La pondría de patitas en la calle cuando se enterase?. Todo eran quebraderos de cabeza para Engracia.

Estaba pasando un calvario y tenía que decírselo a sus padres cuanto antes. A la primera que se lo contó fue a la señora donde estaba sirviendo, no sin antes haberlo dado mil vueltas pensando en las consecuencias que esto le acarrearía, su temor era que la despidiera.

Ese día se acercó al salón donde la señora se encontraba leyendo un libro, y nerviosa y sollozando le contó el problema, pero lejos de enojarse, la señora soltó el libro, la abrazó contra su pecho y le dijo:

-No te preocupes mi niña, no tengas miedo.

-Sabemos las dificultades que puedan tener tus padres para afrontar esta situación. Nosotros haremos lo que haga falta para ayudarte a pasar este trance.

-Si hace falta nos ocuparemos de ti y de tu hijo como si fueras de la familia hasta que te cases y tengas tu propia casa.

-Pero mis padres no lo verán así, ellos se llevarán un gran disgusto.

-Yo hablare con tu madre -dijo la señora- y verás como todo sale bien.

... Esa noche ya más tranquila después de hablar con la señora y por fin se lo dijo a José.

-Sabes José, tengo que darte una mala noticia.

-De que se trata -le dijo él-

Y con la voz entrecortada del dijo:

-Estoy embarazada de cuatro meses.

A José se le disparó el corazón del susto pero lejos de reprocharle nada, la miró a los ojos, y secándole sus lágrimas con los dedos la abrazó, la acurrucó sobre su pecho y la besó con todo el amor del mundo.

-No te preocupes cariño, eso es extraordinario -le dijo José-

Engracia, después estar unos minutos llorando abrazada a José, se cogió de su brazo y apoyando la cabeza sobre su hombro siguieron caminando por la carretera entre caricias y arrumacos. Ya había pasado el susto.

Por fin esa noche Engracia se había liberado de tanta tensión contenida, ya solo faltaba decírselo a sus padres...

...Pasaban los días y Engracia no encontraba el momento idóneo para decírselo a sus padres. Una noche al llegar a casa ya tarde, su madre le estaba esperando sentada en el regazo de las faldas de la camilla.

-¿Qué haces tan tarde levantada? -Le preguntó Engracia- -Esperándote para que me cuentes lo que me tienes que contar.

Engracia palideció del susto. ¿Quién se lo habría dicho si ella solo se lo había contado a José y a su ama?

La señora donde trabajaba había llamado a su madre para darle la noticia. Lo hizo para tranquilizarla y que no disgustara a su hija por el bien de la criatura que esperaba.

Sabiendo las necesidades que tenía la familia y que le ocasionaría un trastorno inesperado, la señora le dijo a la madre que no se preocupara, que Engracia era muy apreciada en su casa y que ella la proporcionaría todo lo necesario para casarse... También le dijo que hablaría con el amo para que colocara a José en una de las fincas de la familia.

Y así se fraguó el destino inmediato de José y Engracia.

Los planes de José, con veintidós años, habían cambiado de la noche a la mañana. Se tenía que casar de prisa y corriendo sin tener un trabajo estable y sin ahorros para afrontar de momento una nueva vida con Engracia. No obstante, él estaba muy enamorado de ella, era feliz a su lado y siempre pensó en que ella sería la mujer de su vida.

Había que acelerar los preparativos para que a Engracia no se le notara el embarazo y a finales de agosto, ya se estaban ultimando las cosas para la boda. Querían aprovechar para que coincidiera con las fiestas de Guadalupe.

Al haber más gente en el pueblo podría pasar más desapercibido el embarazo, y con unos arreglos del vestido ya que no llevaba ni cinco meses en cinta, apenas se le notaría.

La boda.

La casa de los padres de Engracia era de pequeñas dimensiones y no tenía espacio para tal evento, y los amos de Engracia les ofrecieron la cocina del patio de la casona donde se hacían las matanzas para hacer las comidas de la boda. El patio tenía mucho espacio para albergar a los comensales y contaba con un gran parral que junto con las altas paredes de la casona, daba sombra suficiente para paliar los calores de Septiembre.

Además de la cesión sin compromiso de la cocina y el patio, los amos regalaron a los novios una cabra, dos pollos y arroz suficiente para el evento. La familia solo tenía que aportar el escabeche y los dulces.

En aquella época las comidas de las bodas se hacían en las casas y consistían prácticamente, en casi todos los sitios, en arroz con carne de cabra o cabrito, escabeche al medio día y roscas y pestiños al salir los novios de la iglesia.

La aportación que hicieron sus amos a Engracia para la boda fue un respiro para la escasa economía familiar y se celebró por todo lo alto.

Sobre las diez de la mañana del día siete de septiembre, víspera de las Fiestas de Guadalupe, José caminaba para la iglesia erguido y contento, pendiente de las miradas y cuchicheos de las mujeres del pueblo que tenían la costumbre de esperar en las puertas para ver pasar a los novios. Al mismo tiempo, en casa de la novia se daban los últimos retoques del vestido que llevaría Engracia, un vestido prestado que antes habían usado su hermana y su prima. Una vez ajustado para ocultar un poco el embarazo, Engracia por fin salió para la iglesia rodeada de las sota novias, que en todo momento la animaban a sonreír cuando pasaba delante de la gente.

Engracia llegó a la iglesia y tras un último retoque al velo y al vestido, cruzó el umbral y comenzó a caminar lentamente entre los bancos sin apartar los ojos de José que la esperaba nervioso en el altar para darse el sí quiero.

Tras cuarenta minutos de ceremonia, los novios ya convertidos en marido y mujer, se encaminaron acompañados por los invitados hacia la cocina donde se les agasajarían con dulces, café y alguna copita de licor. Luego los invitados se iban para el baile, -que por cierto-, entonces se decía que lo pagaban los cirieros.

El baile duraba hasta la hora de la comida, luego todos los invitados se iban al patio de la casona donde se habían preparado mesas con borriquetas y tablonés, forrados con manteles de papel para comer.

La festividad de las bodas, aunque solían ser austeras, duraban dos o tres días. La víspera para los preparativos

donde los familiares y más allegados quedaban para comer juntos. El día de la boda que solía durar desde la mañana, hasta altas horas de la noche cuando se terminaba la segunda sesión de baile. Y la tornaboda donde los familiares más allegados volvían a reunirse para comer.

El día de la boda, después de la comida se relaja un poquito el personal y algunos se iban a dar una cabezada a casa para aguantar el envite de la tarde que comenzaba con el ofertorio.

El ofertorio se hacía en la plaza, y era donde los invitados sacaban a los novios a bailar unas jotas o pasodobles para darles la "manzana" un dinero que se suponía que era para pagar el cubierto.

Allí acudían casi todos los invitados a pesar de la solanera que hacía a las cinco o seis de la tarde en un mes de septiembre en un pueblo de Extremadura. No se querían perder ningún momento de todas las etapas de la boda.

Después del ofertorio, los invitados eran agasajados de nuevo con dulces y bebidas, luego se irían a la última sesión del baile que duraba hasta tarde.

El diez de septiembre, recién acabadas las fiestas, José y Engracia ya estaban preparando los enseres que se llevarían a la finca donde sus amos le habían asignado un trabajo a José.

La casina de la finca.

José y Engracia llegaron a la finca que distaba dos leguas y media del pueblo. En la finca había una gran casa palacio, La casa de los señores donde iban de vez en cuando para cazar o pasar unos días de asueto en el campo. Adosada a la parte de atrás de la casona había una pequeña edificación que antes había estado habitada por los guardeses ya jubilados, donde tendrían que vivir ellos.

La casa solo disponía de una habitación, un zaguán donde había una gran chimenea, un porche artesanal hecho de palos y retamas, y una parra que cubría la mayor parte del porche, y daba frescura en el verano.

Engracia lo primero que hizo antes de descargar las cosas del carro, un carro que les habían prestado para llevar los avíos, fue entrar en la casina para echar un vistazo. La casina por fuera no daba buena impresión, tenía desconchones y parecía deteriorada por el paso del tiempo, pero por dentro, aunque necesitaba una buena limpieza, estaba en buenas condiciones y no le disgustó.

Ahora empezaba a formar una familia y esa casina, una vez aseada sería la más bonita y entrañable del mundo para el reciente matrimonio y el niño que esperaban.

El cometido para el que había sido contratado José en la finca no estaba del todo definido. José tenía que encargarse de varias tareas que le ocuparían la mayor parte del día. Como hacer de guarda, como suplencia de los jubilados, encargarse del cuidado y mantenimientos de los cochinos a los que debería sacar a pactar por la dehesa y en el tiempo de la montanera, cuando las bellotas ya

estuvieran curadas, varearles con la zurriaga dos o tres encinas todos los días para cebarlos. También debería de estar al tanto de los trabajadores eventuales de la finca. La corta de la leña, la recogida de bellotas, las cuentas de los alparceros cuando recogieran las cosechas... Había que contar los haces y apartar los que le correspondían al amo, además de ocuparse del cuidado y limpieza de la casa palacio.

Engracia sería la encargada de la limpieza y el aseo de las habitaciones de la casona cada vez que fueran los señores y sus invitados.

El trabajo de José era rutinario pero a veces, dependiendo de la época, se tornaba duro si se acumulaban las tareas. El sueldo era escaso y apenas daba para algo más que comer. Aunque el amo les permitía tener en propiedad, gallinas, algún cerdo para matanza y alguna que otra oveja o cabra para leche. Con todo eso José sabía que tenía que apretarse el cinturón cuando llegase la criatura.

...A principios de noviembre, ya con siete meses de embarazo, Engracia empezó a sentirse mal, con fuertes dolores en la tripa y molestias por todo el cuerpo. No quiso darle importancia para no alarmar a José y aguantó como pudo los dolores. Era la época de la caza y tenía que hacer limpieza y comidas para los señores e invitados que solían estar tres o cuatro días en la finca. Cuando llegaron los invitados, Engracia tuvo que transportar las maletas y enseres hasta sus habitaciones correspondientes ubicadas

en el segundo y tercer piso de la casona. Esto le supuso un gran esfuerzo en su estado de gestación que le acentuó los dolores y le provocó un derrame.

Engracia empezó a sangrar por abajo pero como era el último día de la estancia de los señores en la finca, no quería que la señora se enterase para no disgustarla. Pero la señora al despedirse, se dio cuenta de la situación y rápidamente la hizo subir al coche y le dijo al chofer que la llevara urgentemente al hospital más cercano.

Engracia no tenía sueldo fijo, pero esos días recibía un pequeño salario que le daban para comprar alguna cosilla extra.

Al día siguiente, Engracia estaba desolada en el hospital porque había perdido al niño. Tanto esfuerzo, tantas prisas para casarse por el que dirán, tantas ilusiones perdidas... A Engracia se le vino el mundo abajo y se sumió en una depresión que le cambiaría la vida.

Ya de vuelta a la finca, Engracia empezó a dejar de arreglarse y apenas salía de la casina, ni siquiera al porche a sentarse bajo la parra que tanto la gustaba. José trataba de consolarla en todo momento colmándola de caricias y arrumacos, pero ella ya no era la misma, se empezó a dejar, no atendía a las tareas de limpieza de la casona de los señores y solo sabía decir que se quería ir al pueblo.

Ante la insistencia de Engracia, José decidió que lo mejor para su recuperación sería que se fuera al pueblo

unos días y se fue a casa de sus padres donde se sentía arropada por su familia, al menos tenía con quien hablar de sus problemas.

Esa situación la estaba consumiendo poco a poco, tenía que recuperarse, luchar contra esa depresión y que mejor sitio que en casa de sus padres. Al menos allí podía hablar con sus hermanas y con alguna vecina de vez en cuando para tratar de olvidar poco a poco lo sucedido.

José se quedó solo en la finca atendiendo a sus quehaceres. Estuvo largo tiempo viendo a Engracia solo los domingos cuando bajaba al pueblo para comprar las existencias que necesitaba para toda la semana.

La echaba mucho de menos, y viendo que esta situación se alargaba y Engracia no mejoraba, se estaba planteando dejar el trabajo en la finca para estar junto a ella. Unos meses después José decidió dejar la finca e irse al pueblo con ella.

Eran malas épocas, el trabajo en el pueblo estaba muy mal, las familias enteras emigraban a las grandes ciudades para labrarse un futuro mejor para ellos y para sus hijos. Los trabajos temporales en el pueblo eran escasos, algunos de peón de albañil, o ir a la Vera a recoger pimientos, algodón o tabaco, a la vendimia a Francia. Etc. Pero esos era para dos o tres meses y después nada de nada, por eso las gentes empezaron a emigrar a las grandes ciudades, e incluso a Francia y Alemania.

José que llevaba varios meses sin trabajo, habló de ello con Engracia, Era una oportunidad para irse ellos también

a la capital. Por muy mal que los fuera siempre encontrarían un trabajo y estarían mejor que en el pueblo.

Engracia no tenía ningún interés en salir del pueblo. En otras circunstancias a lo mejor se hubiera ido, pero con sus depresiones no se atrevía a salir de él. Le daba miedo pensar que podría dejarle otra vez solo por causa de su enfermedad como le pasó en la finca.

No obstante, José en el pueblo no encontraba trabajo y había que tomar una decisión. Después de hablarlo detenidamente y con todo el dolor de su corazón, Engracia le dijo José que se fuera él una temporada y luego, viendo como evolucionara su salud, se iría ella donde él estuviera.

José se fue a Barcelona donde le esperaban otros paisanos con los que previamente había contactado y le animaron para irse allí. Ya había hablado uno de los paisanos con el encargado de una contrata del puerto de Barcelona, donde él trabajaba para que se viniera de mozo de carga.

En los años sesenta y setenta, en plena expansión económica, no era difícil encontrar trabajo en las grandes ciudades.

El trabajo de José en el puerto no era de mucho esfuerzo, transportaba cajas y paquetes pequeños en una carretilla eléctrica desde los almacenes al barco y del barco a los almacenes. Entraba a las siete y media de la mañana y salía a las tres de la tarde, lo que le permitía ir a echar horas en otros trabajos para poder ahorrar unas perras. Incluso los sábados y domingos alargaba el horario

hasta las diez o las doce de la noche trabajando de camarero en un restaurante. Todo su afán era ahorrar para poder irse a un piso de alquiler con Engracia.

Pasados tres meses, ya que con el trabajo del puerto y las horas extraordinarias que echaba en otros sitios le iba muy bien, le escribió a Engracia diciéndole que se viniera a Barcelona. José ganaba un buen sueldo, lo suficiente para independizarse de sus paisanos y vivir desahogado con su mujer en un piso. Pero Engracia le contestaba que aún seguía con las depresiones y no se atrevía a irse.

Fueron pasando los días, los meses, y José seguía insistiéndole que se viniera a Barcelona con él. Se suponía que después de tanto tiempo ya estaría mejor de las depresiones.

-¿Porqué le daba largas cada vez que le pedía que se viniera con él?

-¿Acaso no le echaba de menos?

José ya se ponía a pensar en lo peor. Las cartas que se mandaban ya no eran tan fluidas como al principio y por parte de Engracia sus cartas se demoraban aún más, había veces que recibía tres o cuatro cartas de José y ella contestaba solo con una.

-¿Qué le estaba pasando a Engracia?

-¿Se habría enfadado por insistirle tanto en que se fuera a Barcelona?

-O quizá la distancia habría enfriado la relación hasta tal punto que no deseaba estar con él.

No quería pensar en todas esas cosas, la cabeza le iba a estallar de un momento a otro.

La soledad y el aburrimiento en la pensión, provocaron que José dejara los trabajos de los sábados y domingos para tener más tiempo libre y empezó a salir los fines de semanas por las tardes noches con los amigos.

Con el paso del tiempo, las salidas de los fines de semana por las noches se hicieron rutinarias y ya formaban parte de la vida de José, hasta tal punto, que ya empezaba a frecuentar las discotecas a lo largo de Barcelona casi todas las noches. Los amigos del pueblo con los que vivía en la pensión, los dos solteros, fueron los que le enseñaron por donde estaban diseminadas las discotecas por la ciudad.

José ya no necesitaba a los amigos para salir a bailar, ya conocía a otras muchachas que frecuentaban la discoteca cercana a la pensión y se bajaba solo. En esa discoteca ya era conocido, era asiduo por la cercanía y conocía de vista a casi todos los que la visitaban.

Un día entabló conversación con una muchacha que se había separado del marido hacía poco tiempo, y surgió una amistad entre ellos que poco a poco se fue transformando en algo más que eso.

La falta de entendimiento entre Engracia y José había ido enfriando la relación y José empezó a encontrarse a gusto con Martina, -que así se llamaba la muchacha-, y apenas pasadas unas semanas un día la invitó a subir a la pensión. Para él que llevaba tanto tiempo sin sentir caricia

alguna, aquella noche se sintió atrapado en un laberinto de pasiones que le hicieron olvidarse de Engracia por un tiempo.

Desde aquella noche no dejaron de verse ningún día. José se sentía atrapado en los encantos de aquella mujer y le estaba haciendo olvidarse de Engracia.

Ya pasadas varias semanas, Martina que estaba sirviendo y vivía con sus hermanas, le dijo a José que quería vivir con él, que se podrían ir juntos a otra pensión para estar solos. A José, aunque receloso, le pareció bien y no puso ningún impedimento. Desde entonces estuvieron conviviendo como una pareja estable.

José entre tanto, seguía escribiendo a Engracia, en las cartas ya se notaba que no era tan amoroso, si no que en todas le reprochaba el porqué de su negativa a venirse con él, -aunque con la boca pequeña-, porque ahora ya no le importaba, es más, prefería que ya no viniera. Después de tanto tiempo peleando con ella le daba la impresión de que su matrimonio se había roto definitivamente.

Engracia por su parte seguía poniéndole la excusa de su enfermedad depresiva. Nunca le quiso decir los motivos por los que no quería irse a Barcelona para no disgustarle. Ella seguía enamorada de José y se habría ido con él al fin del mundo.

Pero a Engracia no le fue bien su rehabilitación. El día que la ingresaron en el hospital tras haber perdido a su hijo, le diagnosticaron un tumor en los ovarios ya bastante adelantado. La predicción de los médicos fue que tenía que

estar un tiempo con una medicación específica antes de intervenirla quirúrgicamente para extirparlo. Durante todo este tiempo, casi un año que Engracia se estaba negando a irse con José, no hubo ni un solo día que no hubiera llorado pensando en él.

A Engracia le llamaron del hospital a los tres meses para hacerle una revisión y ese día se quedó ingresada, por fin la iban a intervenir para extirparle el tumor. Cuando despertó de la anestesia le dijeron que todo estaba muy bien, que el tumor era benigno y que no tendría ningún problema para volver a quedarse embarazada. A Engracia le cambió el semblante, tenía que decírselo a José... -Pero mejor no se lo digo ahora -pensó ella- Le escribiré y le diré que esta semana me voy con él a Barcelona y allí le contare todo...

Engracia escribió a José dándole la noticia de su llegada sin contarle nada aún, quería estar con el hombre de su vida al que tanto quería y decírselo a la cara. No se imaginaba que su llegada iba a levantar una tormenta de grandes dimensiones y les iba a poner en serios aprietos a José y a Martina.

José entró en pánico cuando recibió la carta de Engracia,

-¿Cómo había podido cambiar de opinión de la noche a la mañana?

-Yo creí que habíamos terminado.

-¿Que podía hacer para ocultar su relación con la Martina?

Tenía que hablar con ella y explicarle que él estaba casado y que su mujer iba a venir a verle.

-¡Joder que marrón!

Esa noche cuando Martina llegó a la pensión, José se sentó en la cama con ella para intentar explicarle el problema. No sabía por donde empezar pero tenía que decírselo esa noche sin falta. José se arrodilló ante Martina cogiéndola de las manos y le dijo:

-¡Perdóname!

-Tenía que haberte dicho al principio que estoy casado.

-De verdad que lo siento, pero tienes que irte, mi mujer viene pasado mañana para quedarse conmigo.

Martina se quedó de piedra, no daba crédito a lo que estaba oyendo. Había dejado la casa de sus hermanas para venirse con él a la pensión porque creía haber encontrado al hombre de su vida.

-¿Cómo podía haberla engañado de aquella manera tan ruin? Ella que se había entregado a él sin condiciones, y lo peor, la había dejado preñada e iba a contárselo esa noche.

Cuando le dijo a José que esperaba un hijo suyo, se le vino el mundo encima, no sabía por donde salir.

-¿Cómo que embarazada? -le dijo- Esto es una locura,

-¿A ver que vamos ha hacer ahora?

José se levantó de la cama y se puso a dar vueltas por la habitación con las manos en la cabeza sin parar de maldecir,

-¡No puede ser, no puede ser!...

-¡Esto no me puede estar pasando a mí!

La situación se puso tan tensa, que Martina decidió hacer sus maletas e irse esa misma noche a casa de sus hermanas. No sin antes advertirle a José,

-¡Me has arruinado la vida!

-No creas que te vas a ir de rositas, -piénsatelo bien y a ver como te las apañaba para hacerte cargo de lo que venga.

El día siguiente que era domingo, y José no salió con los amigos al bar como era habitual. Estos se extrañaron y se acercaron a la pensión por si le había pasado algo, pero José no estaba, había salido muy temprano a dar una vuelta por Barcelona, Esa noche la pasó en vela, y el remordimiento y la preocupación no le dejaba vivir tranquilo. Estuvo deambulando sin rumbo fijo por el paseo de la playa hasta ya tarde, casi de noche y sin comer nada en todo el día, el estómago le ardía y parecía que se le había dado la vuelta por completo.

El lunes ya llegaba Engracia. Había cogido un coche taxi que había en el pueblo que hacía viajes esporádicos a Madrid, Barcelona y San Sebastián cuando se juntaban varias personas para viajar. Salieron de madrugada y llegaban por la noche a Barcelona. José se fue a buscarla con mucho tiempo de antelación. Con los nervios desgarrándole el estómago como si se hubiera tragado un gato no paraba de caminar de un sitio para otro de la plaza cercana a la pensión donde se bajarían todos los venían del pueblo en el coche.

Por fin, ya entrada la noche, apareció el coche a lo lejos.

Después de más de un año sin verla le parecía mentira tenerla delante otra vez.

-¿Estará guapa? -se preguntaba- al tiempo que el coche iba disminuyendo la marcha hasta pararse. Engracia salió del coche y fue corriendo hacia José con el que se fundió en un largo abrazo. Ella entre lágrimas, buscó sus labios para darle un beso apasionado.

-¡Tengo que contarte tantas cosas! -le dijo Engracia-
-¡Y yo a ti cariño! -le contestó José-.

Engracia le contó a José con todo detalle el porqué de no querer venirse antes. Sin embargo José no le comentó nada de su odisea con Martina. No podía enterarse ahora que había vuelto a reencontrarse con Engracia.

A José le había dado un vuelco al corazón cuando vio de nuevo a Engracia, estaba más guapa, y había engordado un poquito desde la última vez que se vieron. Parecía que su presencia le había devuelto el amor que antes sentía por ella.

José y Engracia estuvieron en la pensión un par de meses más hasta que Engracia encontró un trabajo. Después se cambiaron a un piso de alquiler para estar solos.

Fueron pasando los meses y de momento todo iba sobre ruedas, José viendo que todo transcurría con normalidad no quería comentarle nada a Engracia de su odisea con Martina. Estaba seguro que con el paso del tiempo quizás no se enteraría.

Pero pasados unos meses, un día estando Engracia sola en la casa, alguien deslizó un sobre por debajo de la

puerta a nombre de José. -Simplemente José. Engracia lo abrió y casi se desmaya por la noticia. Era de Martina, la otra muchacha que le maldecía por haberla abandonado.

En aquel sobre, y escrito con muchas faltas de ortografía, había un papel que decía:

-Ya estarás contento.

-Ya no tendrás la obligación de hacerte cargo de tu hijo.

El desengaño y los disgustos me provocaron un derrame y me aconsejaron abortar en contra de mi voluntad, solo te deseó que a tu mujer le pase lo mismo y que nunca puedas tener un hijo con ella.

Engracia se puso a llorar desconsoladamente sin dar crédito a lo que estaba leyendo.

-¡Por eso tardaba en contestar mis cartas! -decía-

-Estaba llevando una doble vida y yo, ingenua de mí, sufriendo por él en el pueblo.

José llegó a las ocho de trabajar y se encontró a Engracia recostada en la mesa llorando como una magdalena. Se asustó y se acercó corriendo a ella a preguntarle que le pasaba. Engracia le miró de arriba a bajo y le dio el papel mientras seguía llorando desconsoladamente. José leyó la misiva y no supo como reaccionar, todo se había descubierto ya, -¿y ahora qué?.

José trató de explicarle lo sucedido pero Engracia no se creía nada de lo que le contaba,

-¿Cómo has podido hacerme esto?

-¡No tienes perdón de Dios!

-¡Déjame, no quiero saber nada más, solo quiero volverme al pueblo cuanto antes!

-¡Déjame... me quiero ir... yo me quiero ir!

-gritaba Engracia envuelta en un valle de lágrimas-.

Dos días después, Engracia se volvió para el pueblo dejando a José solo en el piso alquilado. Cuando llegó, nadie se esperaba que volviera tan pronto, sus padres y sus hermanas se preocuparon por si se le había vuelto a reproducir el tumor que la tuvo en cama tanto tiempo.

Engracia contó en casa lo ocurrido y todos la comprendieron y la decían que era lo mejor que podía haber hecho.

-¡Eso se veía venir! -decían sus familiares- Tanto tiempo por allí solo en la capital rodeado de tantísima gente que no te conoce, es fácil tener tentaciones para estar con alguna mujer. En la capital se vive de otra manera diferente a la del pueblo y eso era de esperar.

Pasaron los meses y José seguía preocupado por Engracia, no había vuelto a saber nada de ella. Ni los propios paisanos a través de sus familiares le sabían informar de la vida que llevaba en el pueblo.

Engracia trató de encarrilar su vida sola, había encontrado un trabajo en una tahona del pueblo y llevaba una vida tranquila. Ya había pasado casi un año desde que se vino de Barcelona, y aunque no la faltaban pretendientes, aún no le apetecía salir con ningún hombre.

Engracia, a pesar de todo lo sucedido se acordaba mucho de José, le echaba de menos, él había sido el amor de su vida y no era fácil olvidarlo.

A José le pasaba lo mismo. No conseguía olvidarse de Engracia, la había encontrado tan guapa que volvió a despertar en él los sentimientos de antaño. Ese tiempo con ella en Barcelona fue extraordinario. Su aventura con Martina le había pasado factura y ahora se encontraba solo por su mala cabeza.

-Si ella me hubiera dicho que no se venía a Barcelona porque estaba enferma, yo me hubiera vuelto al pueblo con ella para cuidarla. -se decía José para sí mismo- pero las continuas negativas sin darme razón alguna y la tardanza en contestar a mis cartas, me llevo a pensar que ya no quería saber nada de mí. La relación se nos fue enfriando y en esos momentos de soledad conocí a Martina, con la que creí que podía olvidarme de ella.

Martina nunca suplantó a Engracia en los sentimientos de José, lo suyo fue una atracción física y de sexo del que estaba muy necesitado en aquellos momentos.

José no había un día en el que no se acordara de Engracia y se preguntaba si había merecido la pena lo que había hecho. Tenía que intentar hablar con ella para pedirle perdón y ver si aún había alguna oportunidad de volver a estar juntos, seguía muy enamorado de Engracia y ahora en la soledad se daba cuenta de que la vida sin ella no tendría ningún sentido.

José le escribió una carta pidiéndole disculpa pero pasaban los días y no recibía contestación. Engracia si había leído la carta, una carta larga donde José confesaba sus culpas y suplicaba en cada frase perdón. Donde la decía infinidad de veces que la amaba, que era la mujer de su vida... Donde le decía que si no quería saber nada de él lo comprendería y no volvería a molestarla, pero que si aún sentía algo por él, que por favor se lo dijera.

No obstante él había decidido volverse para el pueblo, ya no encontraba ningún aliciente en Barcelona sin Engracia. Ella quería perdonar a José y deseaba con todas sus fuerzas que volviera con ella pero...
-¿qué diría la gente después de lo que le había pasado?
-Seguro que serían otra vez los blancos de los cotilleos del pueblo.

Después de pensarlo durante varios días Engracia le contestó. Le decía que tenía que pensarlo detenidamente, que si volvía él al pueblo ya hablarían. A José le pareció bien y planeó su vuelta coincidiendo con las vacaciones en el trabajo. Y justamente dos días antes de las fiestas de Guadalupe llegó José al pueblo. Había vuelto como muchos otros emigrantes para las fiestas y eso le ayudaría a disimular un poco el porqué de su vuelta.

José, durante los días de las fiestas se juntaba con los amigos con los que recorría los bares después de salir de misa como era la costumbre. Apenas si coincidió con

Engracia en todos esos días. Algunas veces se quedaba en la explanada de la iglesia hasta que salían las mujeres para ver si la veía, aunque fuera de lejos.

Una tarde, cuando iba a comprar a la tienda, se cruzó con ella pero no se atrevió a decirle nada, se cruzaron las miradas, ella entró en la tienda y él siguió calle abajo para encontrarse con los amigos.

El encuentro les había puesto nerviosos a los dos, A José le entró una flojera en las piernas de la impresión y sintió como si el corazón se le quisiera salir del pecho. Decidido a hablar con ella, se volvió a esperarla en una esquina cerca de la puerta de la tienda. Tenía que hablar con ella, necesitaba hablar con ella y convencerla de que estaba arrepentido y que la seguía queriendo.

Engracia observaba a José recostado en la pared de enfrente a través de los cristales empañados de la tienda, estaba segura de que la estaba esperando y se entretuvo más de la cuenta, estaba nerviosa y no sabía como iba a reaccionar cuando le viera de cerca.

Por fin, como José no se iba ya tuvo que salir. El encuentro fue tenso. Engracia pasó delante de él sin intención de hablarle pero José no se contuvo y se acercó a su lado mientras ella caminaba cabizbaja.

-¡Hola Engracia!

-Perdona que te moleste pero necesito hablar contigo.

Engracia no le contestaba y seguía caminando.

-¡Por favor párate!

-¡Mírame y dime algo!

-¡No puedo seguir así, necesito hablar contigo!...

Engracia se paró, y mirándole a los ojos le dijo.

-¿Que tienes que decirme?

Y siguió andando mientras José caminando a su lado le confesaba su culpa y le suplicaba continuamente perdón, perdón, perdón... A Engracia se le ablandó el corazón y decidió darle otra oportunidad.

Quedaron en verse en la verbena de la noche, Engracia le dijo que estaría sentada con las amigas en la plaza, que si quería la sacara a bailar algún pasodoble y así hablarían de todo lo que él quisiera.

José esa noche observaba a Engracia desde la puerta del bar, esperaba el momento propicio para ir a sacarla a bailar cuando se llenara la pista de gente y así pasarían más desapercibidos.

En una de las piezas en la que la pista por fin estaba llena, se fue para la mesa y la tendió la mano.

-¿Bailas?

Engracia se levanto, le cogió la mano y se pusieron a bailar el pasodoble, un pasodoble que los volvería a unir otra vez a los dos.

Hablaron largo y tendido durante el tiempo que duró el pasodoble pero se les hizo corto, tenían que poner tantas cosa en su sitio que repitieron el siguiente baile para seguir hablando.

Para no dar mucho que hablar, quedaron en verse al día siguiente después del ofertorio de la rivera y antes de que empezara el baile por la noche. Engracia le advirtió a José

que ella no se movería del pueblo, que si quería solucionar las cosas tendría que buscar un trabajo y quedarse aquí. Nada de volver para Barcelona. Ella estaba dispuesta a retomar su matrimonio pero formando una familia en el pueblo.

Pasadas las fiestas, José se puso a trabajar con los albañiles, en esa época ya empezaba a salir mucho trabajo de albañilería porque los emigrantes, unos empezaban a arreglar las casas de sus padres y otros ha hacerlas nuevas. Con el tiempo, Engracia y José encarrilaron sus vidas y también se hicieron una casita en un solar del padre de él. Al año siguiente, en las fiestas de septiembre, ya se sentaban en la plaza con un niño de corta edad al que pusieron de nombre José.

Engracia y José, a pesar de la tormentosa historia y dificultades por las que había pasado su relación años atrás, supieron resolver sus diferencias a base de dialogo y tesón por ambas partes.

...Y al día de hoy, aún sigue presente en ellos la llama de ese amor de juventud a sus ochenta y tantos años.

*Antonio García García
García Tonino/ 2021 - SGAE. nº 26880
Propiedad Intelectual, arch./28/3º Enero/2021*